

FINALISTA ESTATAL



SIN TÍTULO

Estefanía Pérez Naranjo
Colegio Heidelberg (Canarias)

Al dormir, todas las personas son iguales. Es la misma respiración; es la misma calma. Todos los pechos suben y todos los pechos bajan. Todos soñamos algo, y a todos nos cuesta despertar. Pero aquí no hay sueño, solo una espera. No hay calma, hay pesadillas.

Ambos corazones desbocados, temerosos del tiempo y del olvido, luchan por abrirse paso a través de la piel y el hueso. Aterrorizados, gritan “¡Socorro!” y nadie les escucha. Se ahogan poco a poco en sangre envenenada mientras la enfermedad, lentamente se cuela por ambas bocas.

Hay dos camas y hay dos cuerpos. El primero es pequeño, y el segundo es inmenso. Son lo puro y lo maligno. Un niño y un asesino, que luchan ahora por lo mismo, dos corazones que gritar a coro “¡Auxilio!”.

La puerta se abre, y nadie lo nota, porque nadie vive en esa habitación. Tan sólo dos cadáveres latentes, atados a la vida mediante cables. El hombre que acaba de entrar no es un hombre. Va vestido de payaso, le gusta gastar bromas y se llama Destino. Se acerca sonriente a la cama del niño y pasa una mano blanca en su frente. Pero ¡oh! ¡qué cruel y despistado puede llegar a ser este hombre vestido de alegres colores! Pues la mano utilizada es la izquierda, portadora de malos pensamientos y de la muerte. El niño duerme con los ojos abiertos, y un gesto de asco y repulsión afea su cara al sentir ese nuevo veneno que ya se expande por su cuerpo, hasta llegar al cerebro. Como una serpiente, abraza y lame la mente del infante, robándole cualquier brizna de inocencia y luz que en ella pudiera quedar. La blanca calavera se estremece bajo la fría piel. Entumecidos, los músculos empiezan a helarse, y de las cuencas vacías de los ojos brota la última lágrima, que al llegar al suelo se ha convertido en cristal y se ha hecho añicos, en un hermoso sonido de adiós y tristeza.

Los zapatos del payaso pisan los trozos de cristal esparcidos por el suelo. Sin darse cuenta de su error, pasa la mano derecha en la frente del asesino. La luz ilumina de repente todos los rincones oscuros de su pasado, perdonándolos, dulcificándolos. De pronto las heridas

le duelen menos y su respiración se vuelve serena. El arrepentimiento y la tristeza abrazan el maltratado corazón, lo besan y lo mecen para que duerma tranquilo y sin miedo. El hombre en la cama sonrío.

El Destino se coloca su sombrero de copa, y se asegura de aún llevar puesta su nariz roja. Suelta una carcajada histérica y demente y tan súbitamente como vino, se marcha. El payaso se ha ido, pero la huella de su error es inmensa. El niño condenado empieza a soñar...

Está solo, como lo ha estado toda su vida, y está encerrado en una caja de cristal. Desde ahí puede ver el exterior, y lo que ve le rompe el enfermo corazón. Es su familia y nadie llora que él esté a punto de morir. Grita, pero no le oyen, con los pequeños puños golpea el cristal y se hace daño. Nadie lo toma en sus brazos, nadie le pregunta si está bien o si le duele algo. Nadie le canta nanas. Nadie le quiere. ¡Nadie! “¿Por qué?” piensa él, lamiéndose las manos sangrientas “¿Por qué?”.

De pronto todo se oscurece, su prisión ya no es de cristal, es de periódico. En todas las hojas reza el mismo mensaje: “Vigila al payaso chiflado, fue el responsable del error”.

El niño no lo entiende. Sacude la cabeza y se abraza las rodillas. Quiere llorar, pero ya no le quedan lágrimas. Un hombre vestido de negro le tiende una mano llena de garras, el niño la toma, mientras las babas y la codicia de este nuevo individuo deshacen su cárcel de papel. Ya no hay nada que podamos hacer por este joven ángel enfermo y maldito.

Las manos llenas de garras lo alzan y lo abrazan. Ha caído.

En la cama de al lado, el asesino también sueña. Revive cada escena de su vida, y se arrepiente de cada error que cometió. Ya no podrá olvidar las caras de horror que contempló. Mucho menos el hecho de que el culpable de ese horror fuese él. Revive cada paliza que le dieron, cada humillación, cada insulto. Se hunde en su propio pozo de fantasmas, para ser más tarde rescatado por una cuerda de besos, de abrazos, de ternura. Los buenos recuerdos se alojan en su mente y ya no le abandonan. Su alma condenada se purifica siendo perdonada, dándole el don del arrepentimiento, se les da una segunda oportunidad. Lentamente abre los ojos, y aún más lentamente se incorpora. Sin poder creerlo, posa los pies descalzos en el suelo y se levanta. Ríe, ríe y es feliz. Apresurado, se dispone a salir de la habitación, pero justo cuando toma el pomo entre sus manos, algo le hiela la sangre. Se vuelve y encuentra ante sí otra cama, otro rostro, otra historia. Se acerca y mira al niño; ahora tiene los ojos cerrados. Con infinita pena acaricia los pómulos rotos para siempre, pasa los dedos por esas mejillas que nunca lucieron sanas. La compasión le hace sentarse en el borde de la cama. “Pobrecillo...” murmura, y se acerca a darle al niño un beso en la frente. Grosso error. El niño condenado huele en ese hombre el olor del don que a él no le fue concedido.

Todo por un error de ese payaso al que nos empeñamos en llamar Destino. Furioso, el niño abre los ojos y grita, asustando al hombre de su lado. El adulto lo mira... y se arrepintió de haberlo hecho. En los ojos de aquel niño encontró todo el odio, todo el rencor, todo el asco y toda la oscuridad del mundo. Se vio a sí mismo reflejado en esos ojos, y el miedo le paró el corazón. Con una fea mueca, cae y su cabeza choca contra el piso. Irá al infierno por no haber aprovechado su segunda oportunidad, y su castigo eterno será no poder olvidar esos ojos llenos de odio.

Fuera del hospital, unos hombres ven a un payaso paseando por el jardín, oliendo las flores. Se sienta en un banco, y se rasca pensativamente la barbilla. "Creo que he cometido un error..."